

DIANA
MOUKALLED

LÍBANO

Este es un extracto de la publicación
“#JOURNALISTSTOO – LAS PERIODISTAS TOMAN LA PALABRA”,
publicada aquí: [LINK](#)

NO SE PUEDE DAR MARCHA ATRÁS
NO SE PUEDE DAR MARCHA ATRÁS

NO SE PUEDE DAR MARCHA ATRÁS

NO SE PUEDE DAR MARCHA ATRÁS
NO SE PUEDE DAR MARCHA ATRÁS

Soy una entusiasta de los espacios de libertad de expresión que han creado los medios sociales, en particular Twitter. Suelo seguir los hashtags que son tendencia, leo los comentarios y participo en la redacción de respuestas con opiniones que se consideran osadas en nuestras sociedades. Me refiero a opiniones sobre la libertad política, la libertad personal y la igualdad, y sobre actualidad.

Participo en la crítica de personalidades públicas y entro a debatir ciertos fenómenos y noticias. Son incontables las cuestiones que merecen reflexión, diálogo y, a veces, confrontación explícita.

Pero a menudo me pregunto: ¿cuándo deberíamos parar? ¿Cuáles son los límites de cualquier campaña que se dirija contra una persona concreta de forma humillante y destructiva? He experimentado esta sensación personalmente, aunque no sea nada comparado con lo que muchos otros han soportado.

¿Sirven de algo esas escandalosas campañas de ciberacoso, aun cuando representan opiniones legítimas? Hace años que me preocupa este fenómeno: la escalada de la participación individual y colectiva en las campañas de ciberacoso.

No me refiero aquí a la crítica, que es útil y necesaria, sobre todo cuando un personaje público hace o dice algo estúpido o chocante. Me refiero a la indignación de la gente vengativa, con un fuerte deseo de despreciar a los que han cometido un error, o simplemente han tomado una postura incompatible con la opinión de la mayoría. Así comienzan las campañas de calumnias, insultos, difamaciones y fabulaciones.

Sigo en las redes sociales a famosos a los que calificaría de “malhechores”. Se han convertido en estrellas por su capacidad de crear hashtags provocativos y escandalosos que atraen a los sedientos de venganza. Los ejemplos son demasiado numerosos para mencionarlos.

CI-2021/FEJ/SOWJ/9

NO SE PUEDE DAR MARCHA ATRÁS

Debido a la magnitud de las reacciones y los comentarios, sobre todo de gente anónima, el efecto en la persona destinataria es considerablemente más grave que el de una simple crítica. En el caso de los hashtags abusivos, parece que toda una sociedad o un mundo ha emitido un juicio y ha comenzado a destruir la vida de la persona en cuestión.

Cuando el objetivo de la campaña es una mujer con cierta proyección pública, la agresión sube en intensidad. El grado de violencia aumenta, se utilizan descripciones horribles y aparecen referencias sexuales. La cuestión adquiere una dimensión de género.

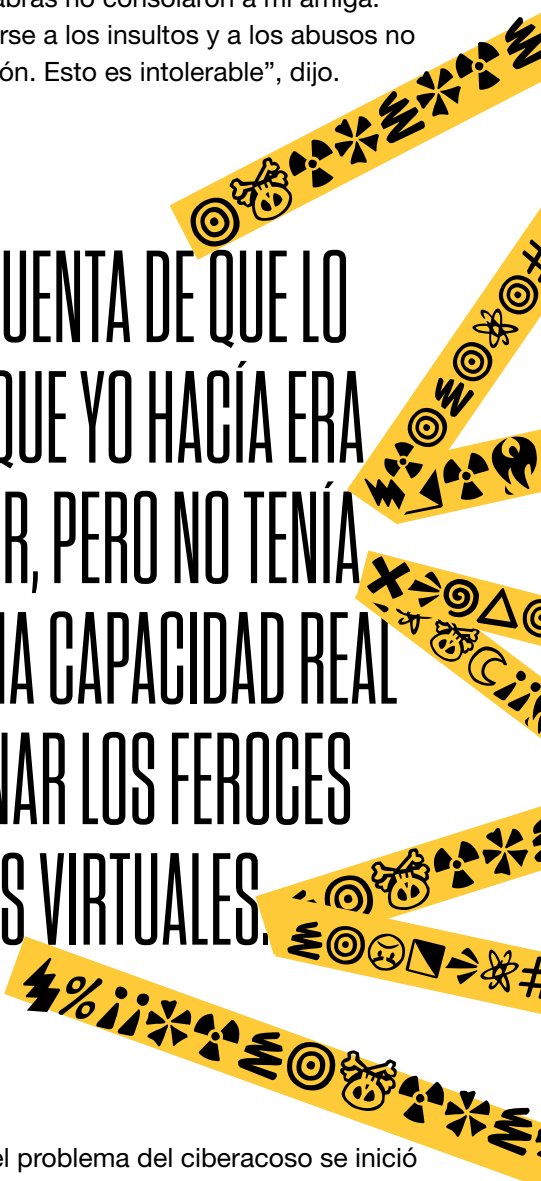
En los últimos años he sufrido ataques sexistas de manera repetida. Desde las palabras “vieja”, “puta” y “fea”, hasta una lista de insultos que no tienen nada que ver con el contenido de mis escritos, pero que constituyen intentos de degradarme como mujer.

Estas campañas se han convertido en un tema de debate constante para mí y mis colegas ya que somos activos en los medios sociales. Tratamos de encontrar formas constructivas de reaccionar.

Una amiga, que es una famosa figura mediática con numerosos seguidores, está permanentemente expuesta a un acoso salvaje cuando expresa una opinión controvertida. Un día me llamó llorando. Intenté consolarla diciéndole que no tenía que sentirse tan vulnerable a los insultos sexuales en Twitter.

Le dije: “A mí ya no me afectan. Bloqueo inmediatamente a los que me insultan y no respondo. Serás más fuerte con el tiempo; no renuncies a tus convicciones”.

Pero mis palabras no consolaron a mi amiga. “Acostumbrarse a los insultos y a los abusos no es una solución. Esto es intolerable”, dijo.



ME DI CUENTA DE QUE LO
ÚNICO QUE YO HACÍA ERA
RESISTIR, PERO NO TENÍA
NINGUNA CAPACIDAD REAL
DE FRENAR LOS FEROCES
ATAQUES VIRTUALES.

En mi caso, el problema del ciberacoso se inició realmente hace cinco años, cuando empecé a utilizar Twitter y Facebook para participar en el debate público incipiente en el Líbano y en la región.

Soy una periodista libanesa que lleva 25 años trabajando en los medios de comunicación y he cubierto las guerras del Líbano, el Iraq, el Afganistán y el Yemen. He visitado varias zonas de

tensión, me interesan las cuestiones femeninas y he realizado una serie de documentales sobre la situación de las mujeres en la región. He abordado numerosos temas y me he enfrentado a toda clase de prejuicios y violencia.

Cuando echo la vista atrás, recuerdo numerosos incidentes de acoso e intimidación que no eran virtuales. Fui al Pakistán en 2002 para hacer un reportaje sobre las escuelas islámicas de los talibanes en Peshawar y visité uno de estos famosos centros en los que habían estudiado algunos de sus líderes. Entrevisté a un eminente clérigo, pero se negó rotundamente a que entrara en las clases. Mientras los miembros masculinos del equipo filmaban, él me llevó a su casa, donde tuve que quedarme con su familia hasta que terminó el rodaje. En presencia de su mujer y sus hijos, me contó –hablándome en árabe, que su familia no entendía– lo mucho que disfrutaba viendo los programas sexis de la televisión libanesa. ¡Este mismo clérigo enseñaba a sus jóvenes estudiantes que la televisión es un instrumento diabólico!

Entre las anécdotas curiosas de mi carrera, esta fue divertida. Otras fueron más aterradoras.

**PERO NADA ME HABÍA
PREPARADO PARA EL
CONTACTO DIRECTO,
A TRAVÉS DE LOS
MEDIOS SOCIALES,
CON UNA OPINIÓN
PÚBLICA POLARIZADA;**

ES UNA EXPERIENCIA LLENA DE CRUELDAD, INDECENCIA Y ACOSO DESENFRENADO.

El informe anual de Reporteros sin Fronteras (2018) hace hincapié en el “ciberacoso” que se ejerce contra los profesionales de los medios de comunicación y describe esta práctica como “disparar balas en el mundo virtual”. Es un fenómeno mundial, que también afecta a las sociedades democráticas. En el mundo árabe, las denominadas “moscas electrónicas” dirigen campañas de difamación contra los periodistas, tal y como he podido comprobar personalmente.

Ahora dedico tiempo a verificar las identidades de quienes utilizan palabras ofensivas e insultantes para describirme, y descubro que en su mayoría son cuentas falsas, nombres ficticios de individuos con muy pocos seguidores. Y aunque los nombres varían, el lenguaje, las frases y los insultos son casi idénticos. Estas son las características de los “soldados electrónicos” utilizados para difamar y destruir a las personas.

Puede que las campañas de difamación e intimidación electrónicas no causen daños físicos, pero crean miedo y ansiedad, y contribuyen a que proliferen la autocensura. Los periodistas, en particular las mujeres, pueden dudar a la hora de tratar temas públicos relacionados con los crímenes de guerra, la discriminación de las mujeres, las minorías o la corrupción.

En un país en el que la violencia legal, social y religiosa contra las mujeres está muy exten-

didá, una declaración atrevida o una actitud pública pueden desencadenar una campaña de amenazas con una rapidez aterradora.

Pero la huida y la retirada no son la opción adecuada, sobre todo, porque no impiden los ataques. En esta era moderna, los medios sociales desempeñan un papel importante en la política y el debate público, y la participación de las mujeres no debe verse obstaculizada por las campañas dirigidas contra ellas.

Los medios sociales se han convertido en un arma de destrucción masiva, un fenómeno que no se detendrá ni se racionalizará, y que seguirá contribuyendo al abuso. Para mí la solución está en la capacidad de ignorarlo y seguir adelante. Al menos eso es lo que intento hacer.

SOLO ESTOY SEGURA DE UNA COSA:

NO SE PUEDE DAR MARCHA ATRÁS



Diana Moukalled

Foto: Ammar Abd Rabbo